

DELINCUENTES

## DELINCIENTES

Que viento tan frío!  
¡Que noche tan negra!  
Una tromba empapada en llovizna  
cruza airada la calle desierta.  
Ciclón homicida,  
viento de la sierra  
que el aliento congela en los labios  
y traidor en el pecho penetra.  
¡Que viento tan frío!  
¡Que noche tan negra!  
A su soplo helador, en sus urnas  
las pálidas luces vacilan y tiemblan.  
Montones de polvo, papeles y aristas  
van en remolinos sobre las aceras  
donde van las cosas que rompe el misterio,  
donde van las briznas de las ramas secas.  
Y el viento implacable se estrella en los muros  
brama en los portones, cruje en las cancelas  
y lo arrolla todo con furia bravía  
en su ruda marcha, letal y siniestra.

Lujosos y altivos  
 en fila opulenta,  
 cien palacios en línea impecable  
 alzan juntos sus muros de piedra,  
 sus columnas talladas en mármol  
 sus impostas gallardas y rectas.  
 En sus bloques de duro granito  
 el ciclón orgulloso se estrella  
 temblando de rabia  
 de loca impotencia  
 mientras dentro, en estancias lujosas,  
 celebran sus dueños espléndida fiesta.

Es el año nuevo;  
 es la noche excelsa  
 en que el viejo Noel trae sus dones  
 a viejos y a niños, mozos y doncellas.  
 Rizando en el viento su barba florida,  
 sueltos los vellones de su cabellera,  
 su báculo alzando con mano temblante,  
 tal vez pasa el viejo por las azoteas,  
 para dar grata ofrenda a los ricos  
 llenarles de aromas el vino en sus mesas  
 alumbrar la alegría en sus ojos  
 y encender libio fuego en sus venas

¡Noche de año nuevo,  
 llena de grandeza;  
 noche magna y ritual en que el orbe  
 el arcano insondable celebra  
 de los astros que pueblan los cielos  
 del hervor que fecunda la tierra,  
 del misterio que late en las almas,  
 del amor que en los pechos fermenta.  
 Arden en las brasas los troncos de encina,  
 ofrecen manjares vajillas argénteas.  
 Ya pronto en la torre los ecos bronceos  
 marcarán el paso de la hora suprema  
 y, entre carcajadas, vítores y aplausos,  
 hará el Año Nuevo triunfal su presencia.

Entretanto, en la calle medrosa  
 se oye rumor leve de gente que llega;  
 es un grupo que avanza a buen paso  
 agrandando su vaga silueta.  
 ¡Oh escena de llanto,  
 de luto y miseria!  
 Son dos niños que marchan deprisa,  
 que tristes jadean  
 y dos guardias detrás friolentos,  
 el abrigo subido a las cejas,

que los llevan atados, por culpas  
que nadie sospecha.

¡Pobres niños! No tienen diez años;  
son dos chavalillos nacidos apenas;  
mal les cubre un calzón destrozado  
y una camisita rasgada y abierta.  
Van atados y codo con codo,  
la cabeza baja, rapada a tijera,  
del huracán rudo sufriendo el ultraje,  
firitando de frío y vergüenza.  
Marchan muy deprisa, con los pies descalzos,  
con paso menudo, mirando a la tierra  
y los guardias les siguen sombríos,  
sufriendo las iras de la noche negra.

—«¿Qué han hecho esos niños?  
Mirarlos da pena.  
¡Son tan pequeñitos! ¿Como habrán podido  
delinquir de veras?»  
Con acento cortés pero rudo  
uno de los guardias así me contesta:  
—«¡Si son dos granujas!  
No los compadezca.»  
Lanzan los dos niños leve gimoteo  
y aprietan el paso, como si no oyeran.

—«¡Cualquiera se fía  
de esos dos *chaveas!*  
Parecen dos santos y son dos bribones  
que irán a presidio, si hay ley en la tierra.  
Aquel, el más rubio, que parece un ángel,  
dos cajas de dulce cojió de una tienda,  
de las más bonitas y de las más caras,  
no así como quiera.  
Seis días, lo menos, le vengo buscando  
y ¡maldita sea!  
yo le juro que vá a divertirse,  
a ver si esas cosas sin castigo quedan.»

Nuevo gimoteo  
y la marcha arrecía.  
—«Pero al otro ¿porqué le detienen?»  
—«Una friolera.  
Ha robado dos kilos de lana».  
—«¿Para qué?» —«¡Esa es buena!»  
Para que le diera cuartos algún tuno.  
Pero no confiesa:  
la tiene escondida; ¡Va a estar divertido  
como no parezca!»

—«Y, pagando el importe de todo,  
¿no podría evitarse la pena

de ver a dos niños sin juicio, que ignoran lo que es hacer daño, sufrir tal afrenta? Yo le ruego...»

—Es inútil: nosotros solamente hacemos lo que el jefe ordena. ¿Un ladrón? A la cárcel. ¿Que es chico? ¡Otra! ¡Pues que crezca! ¿Que no sabe lo que hace? Es posible. Pues ¡para que aprenda! Esta vida es muy larga y muy dura. ¡Todos hemos pasado las nuestras!

---

Una sala grande,  
bancos y una mesa;  
pared encalada, reloj descompuesto  
y un hombre sentado que fuma y que increpa.

—«Tú: ¿cómo te llamas?

—Pedro.»

—¿Que apellido?

—No tengo apellido.

—Pondré Pedro a secas.

—¿Que edad?

—Nueve y medio.

—¡Temprano empezamos!

—¿Donde te recojes?

—En donde se terciá.

—¿Para que has robado dos cajas de dulces?

—«Mire usted: al pronto no quise cojerlas, pero me dió envidia de ver tanto niño que compraba dulces en la Noche Buena. No había comido. ¡Tenía mucha hambre! Y estaban las cajas llenitas de yemas. Me entró tanta angustia de ver que yo nunca probaba de aquello que... ¡vámos! No crea que es que soy muy malo; ya vé Vd. que lloro. Robé aquellos dulces ¡por saber como eran!»

—«Muy bien. Venga el otro. Yo no te conozco. ¿Quién eres, tunante?

—Gumersindo Heredia,

—¿Huérfano?

—De madre,

—¿Vives?

—Ruda siete.

—Dos kilos de lana robaste a una tienda.

¿Es ese tu oficio?

—No señor; lo juro.

—Pues ¡diantre! ¿Que piensas?

¿No hay sino echar mano de lo que nos place?

—No señor; me pesa.

—Entonces, granuja: ¿porqué robas lana?

—Para hacer almohadas a mi madre enferma. »



¡PRIVILEGIADO!

## ¡PRIVILEGIADO!

I

**H**ubo en Sus cinco mozos. ¿Piensa alguno  
que fué soldado de los cinco uno?  
Así debiera ser de todos modos;  
mas, como había guerra,  
la *quinta* fué llevar, de cinco, a todos.  
¡Así se hacen las cuentas en la tierra!

Y le tocó a Cristóbal, quien en vano  
una exención buscó, firme y rollizo.  
La guerra elige astuta al fuerte y sano  
y deja al miserable y enfermizo.  
De este modo Belona  
la raza de los hombres selecciona;  
deidad armipotente, sacrifica  
al más gentil en sus altares ciegos  
y al deforme respeta y dignifica.  
¡Siempre hicieron igual los dioses griegos!

Por eso, tras dos meses de gestiones,  
tallas y observaciones,  
Fernando se libró por ser enteco,  
Diego por bajo y seco,  
Martín por ser más necio de lo justo,  
el más rico, Julián, por influyente;  
solo Cristóbal fué, de aquella gente;  
por ser pobre y ser bueno y ser robusto.

¡Que bueno era Cristóbal! Nadie pudo  
de su deber sacarle; austero y rudo,  
fué tan ageno al ócio y la alharaca  
que las viejas, al darle su saludo,  
le llamaban *el santo de la estaca*;  
porque, en su gran virtud de anacoreta,  
llevaba el infeliz de buen talante,  
su alma infantil sobre su cuerpo atleta,  
como el niño Jesús sobre el gigante.

El buen Cristóbal era  
de esos héroes que llevan las mochilas,  
que si oyen «¡A las filas!» van a filas  
y cuando «¡A la trinchera!» a la trinchera;  
carne de obús y blanco de metralla  
que se bate con furia y ardimiento  
y, si gana, es *la prez del Regimiento*

y, si llega a perder, es *la canalla*;  
ciegos a quien se ofrece la victoria  
para que al triunfo y al poder coadyuven;  
escalones de carne, por do suben  
los grandes al alcázar de la gloria.

Pero los viejecitos... ¡Que tormento!  
desde el primer momento  
fué tanta su aflicción, su angustia tanta,  
que sintieron subir a su garganta  
de la pena infinita los dogales.  
*¡Soldado!* No hay puñales  
como estas siete letras; son decoro,  
patriotismo y honor; son sangre y oro,  
gallardetes que al viento se desatan,  
emblema que a los siglos desafía;  
pero las olas de la mar bravía  
sublimes son y, sin embargo, matan.

Mientras el padre, en horas azarosas  
indagando el misterio de las cosas  
preguntaba un porqué; que no han sabido  
los muchos padres que en el mundo han sido,  
la anciana temblorosa, calculando  
las fuerzas en el uno y otro bando,  
era infalible y lógica estratega,



porque a ella no guiaba  
la ira fatal que a los caudillos ciega;  
y, a pesar de las nuevas cantarinas  
que detallan victorias peregrinas,  
en achaque de guerras coloniales,  
lo que ignoran los grandes generales  
lo conocen las madres campesinas.

El cura, varón justo entre varones  
que pasaba sus horas enfermizas  
arrojando en la iglesia bendiciones  
y llenando su huerto de hortalizas,  
le dijo que su pena era un pecado  
y, si la Providencia por soldado  
designaba a Cristóbal, bien sabría  
lo que al pobre infeliz le convenía.  
El también en sus tiempos ¡vive Roque!  
tomó al fusil el toque;  
en las filas formó del Pretendiente,  
cruzó por el atajo y por el cerro,  
tiró en las avanzadas, blandió el hierro  
y ¡Dios se lo perdone! mató gente.  
Y aun dijo que, en conciencia,  
creía que, en el cielo, Dios dispone  
que no entre quien no lleve una licencia  
con la nota: «Valor: se le supone.»

Un tío de Julián, perfecto tuno  
que hacía el bien al diez y seis por uno,  
al padre de Cristóbal, con afecto,  
propuso un plan perfecto:  
sobre tierras, aperos y ganados,  
daría bien contados  
unos doscientos duros, que él iría  
cobrándole puntual día por día;  
en volviendo el muchacho, era hacadero,  
siendo entre los gañanes el primero.  
¿Que hacer? En tan profunda  
angustia, resolver era preciso  
y, firmando el labriego el compromiso,  
Cristóbal fué soldado *de segunda*.

¡Diez meses! ¡Tiempo largo!  
Pero, en el trance amargo,  
confiaban los tristes labradores  
en que, cumplido el plazo, volvería  
su hijo a buscar el pan de cada día  
con penas y fatigas y sudores.  
Y así, cuando llegó la hora que espanta,  
con un beso, una lágrima y un duro,  
Cristóbal fué, de su valor seguro,  
a defender la Patria sacrosanta.

## II

¿A qué contar la historia  
de la ausencia terrible? ¿A que el ingrato  
cuento de las hazañas, si el relato  
se lo saben las madres de memoria?  
Allá, en tierra enemiga,  
hambre, miseria, humillación y muerte;  
aquí dolor, abatimiento inerte,  
sobresalto, inquietud, ruina y fatiga.

Y pasaron diez meses y fué en vano;  
la guerra proseguía. El inhumano  
usurero, cebándose en su presa,  
se incautaba de tierras y de aperos;  
y cuando, con sus gritos lastimeros,  
—¿Cuándo vuelve?— la madre preguntaba,  
en masa la increpaba  
el pueblo entero en su pasión herido;  
—¿No quiso ser de todos preferido?  
¿No buscó de una casta la bandera?  
Así lo habeis querido.  
¿Que a morir está expuesto? ¡Pues que muera!

—¡Soldado de fortuna!— le decía  
Julián mientras sus bienes recogía;  
—¿Dónde hay iniquidad más despreciable?  
Ley de equidad será, siempre inmutable,  
por cuyo cumplimiento a Dios suplico,  
que donde pena el pobre sufra el rico.

Y los otros, los libres, los menguados,  
los enfermos, los torpes, los lisiados,  
clamaban a su vez: —¡Dejar la guerra  
quien tiene privilegio! ¡Intento fútil!  
El rico, como el pobre, ha de ser útil  
si justicia ha de haber sobre la tierra.

Y así, de pena en pena y llanto en llanto,  
la miseria llegó; llegó el ultraje.  
Cristóbal, entre tanto,  
arrostraba la muerte con coraje  
y la muerte surgió, firme y segura.  
En una noche lúgubre y oscura  
la nueva llegó al pueblo. Todavía  
se está escuchando el grito de agonía  
de la madre doliente; el alarido  
del padre.

Pero el pueblo convencido  
en su quimera continuó ginete  
y los pobres, con risa casi idiota,  
dijeron con desprecio: —¡Uno de cuota!  
y los ricos dijeron: —¡Bah! ¡un pobrete!



LA CIUDAD AMABLE